

UN JIRÓN DE UNA VIDA

Ocurrió no mucho después del comienzo del cuatrimestre, allá por el año 72 ó 73. Había venido para darnos la antropología filosófica un profesor de Sevilla, Jesús Arellano. Sus clases no me gustaban en exceso: demasiado analíticas, demasiado morosas. En filosofía siempre he tenido prisa y aquel modo de avanzar paso a paso ponía a prueba mi paciencia. Tampoco me atraía su estilo: practicaba un método pedagógico desconcertante llamado «sistema de demostración activa» que rompía la usual división de funciones entre el profesor y los alumnos. No es que bajase del estrado para confraternizar con nosotros, sino que, en lugar de quedarse solo allí arriba, nos animaba a subir también, a ser monitores de nuestros compañeros, a ponernos notas unos a otros... Era, en definitiva, un sujeto desestabilizador, aunque por lo menos rompía la monotonía en que había ido a parar la vida académica a aquellas alturas de la carrera.

Conducía yo entonces un Renault 12 propiedad de mi tía Carmen, elemento clave para ligar con las chicas del curso. Aquella vez entretuve a don Jesús después de terminar la clase comentándole algo. Tenía que subir a Pamplona y por atenderme se le escapó la Villavesa, así que me ofrecí a llevarle. Aceptó con toda naturalidad. En el trayecto seguimos hablando, no recuerdo de qué. Vivía en la plaza del Conde de Rodezno. Me detuve frente a su portal, él abrió la puerta del vehículo y... allí se detuvo el tiempo. La despedida con el motor en marcha empezó a alargarse, alargarse, alargarse... El día era desapacible y, dado que se había reavivado el interés de la charla, lo prudente hubiera sido cerrar la portezuela otra vez, o quitar la llave de contacto, o aparcar el coche e irnos a una cafetería... Pero no: ahí estuvimos los dos cogiendo frío y desperdiciando gasolina media hora, una hora, hora y media... No recuerdo hasta cuándo. Don Jesús era un hombre ocupado. Seguramente le estaban esperando en casa, tendría alguna cita, asuntos que atender. ¡Al cuerno todo! Si por él fuera, todavía estaríamos allí. No sé por qué ahora pienso en Xantipa, montando un pollo al bueno de Sócrates por haberse quedado hasta las mil y tantas con Alcibíades, Fedro o Critón. Tengo por cierto que don Jesús no se dejaba ganar por el ateniense a la hora de ensimismarse en el tú a tú. Por mi parte, nunca he tenido su esforzadísima vocación dialógica, pero esta vez también quedé enganchado. No es extraño, porque al fin y al cabo era el objeto de la conversación. Hablábamos de mí. No de mis virtudes y defectos, de mi historia o proyectos. Hablábamos de mi libertad, del abismo insondable de promesas que se abría ante mí, como ante cualquier persona joven (podría quitarse incluso lo de «joven»).

De ningún modo pretendo haber sido un privilegiado. Un cínico apostillaría que don Jesús había contado ya la misma historia a más de un centenar de incautos. Al hacerlo acertaría y se equivocaría al mismo tiempo. ¡Claro que se lo decía a todos! Pero a todos se lo decía *de verdad*. Estaba dispuesto a echar *con todos* horas sin cuento. Pocos como él habrán llevado el trabajo de consejero a tal extremo heroico. Los profesores conocemos por experiencia las turradas que llega

a darte un alma recién salida de la adolescencia en cuanto le das la más mínima oportunidad. La mayoría desarrollamos pronto habilidades para escurrir el bulto. Don Jesús en cambio amaba el peligro, se plantaba a pecho descubierto una vez y otra y otra. Hasta el infinito. Gente así es la que salva el mundo. ¡Qué diablos, uno tiene derecho a ocupar el centro de la escena alguna vez! Gracias a don Jesús yo también tuve mi minuto de gloria (mi hora y media, para ser exactos). Voy a echarle un poco de poesía y aseguraré que aquello cambió mi vida. Al fin y al cabo, acabé radicándome en Sevilla. Es bonito que haya como quicios en la existencia, momentos en que el rumbo de una biografía puede girar muchos grados a babor o estribor. Gracias a estas sorpresas descubrimos que no todo está prefijado de antemano. Al igual que la ciencia descubre procesos sensibles a las condiciones iniciales, también la vida humana conoce coyunturas en que un pequeño gesto, una palabra, un silencio, hacen que el porvenir sea diferente. A veces de forma trivial, aunque la consecuencia sea trágica: diste un mal paso y te atropelló un camión. Pero otras de un modo grandioso, metafísico: te hablaron del ser y del no ser, del bien, de la belleza, de la verdad, y ahí estás tú, haciéndote un carcamal sin dejar de darle vueltas a los más oscuros enigmas que pueda afrontar el hombre.

Un punto esencial para ejercer el magisterio que don Jesús impartía es no empeñarte en decir a los demás lo que tienen que hacer. Ni el mayor genio sabe lo que el porvenir deparará a cada uno. Lo grande de nuestra especie es que hasta el último de sus miembros ha de vaciarse en un molde diferente. Esto es algo que don Jesús cumplió a rajatabla. De los que se aconsejaron con él han salido ejemplares de todos los pelajes. Tranquiliza mucho ver lo poco que nos parecemos unos a otros: es signo inequívoco de que no vamos con trajes prestados, sino cada cual con el que quiso agenciarse. A mí nunca me dijo qué tesis hacer, ni en qué campo especializarme, ni qué partido votar, ni qué opción religiosa asumir. Él había hecho sus opciones y urgía a los demás para que decidieran las suyas. Supongo que sufrió bastante con muchas decisiones de sus discípulos, pero en todo caso «la procesión iba por dentro». Yo particularmente se lo agradezco en el alma. De su enseñanza, digamos, «doctrinal», he retenido pocas cosas. Algunos principios de puro sentido común como el que postula: «Dos personas inteligentes, partiendo de los mismos principios y utilizando los mismos argumentos, suelen llegar a las mismas conclusiones». Fuera de eso, apenas lo reconozco en lo que escribo o en las tesis que defiendo. Donde sí lo veo es en el hecho de haber compuesto unos cuantos libros a pesar de mi vagancia, y en que sigo sosteniendo algunas convicciones a pesar de la que está cayendo.

Era pesado el fardo que Arellano nos recomendaba echar sobre la espalda. Recuerdo que una vez fui a verle para contarle mi proyecto de editar una revista. No sólo apoyó la idea, sino que me animó a mejorarla tanto, que finalmente salí del despacho con la desalentadora impresión de que la tarea me venía grande. Hay que aprender a distinguir entre los vanos sueños de una fantasía que confunde la realidad con el deseo, y las legítimas ilusiones de una voluntad que pondera las dificultades asociadas a su elección, sin olvidar que es absurdo disociar los medios de los fines. Desde el mismo momento en que uno se descubre libre, la exigencia ética resulta enorme. El que logra atisbar todo el abanico de posibilidades que tiene delante, difícilmente se consolará con las pocas que a la hora de la verdad consiga llevar a cabo. Don Jesús era insobornable en todo lo

relativo a esta responsabilidad. La vivía como un profeta del Antiguo Testamento y la predicaba como hay que hacerlo, con el ejemplo. Entregó al final de su vida más de quince años a esbozar una demostración práctica. Viejo y cansado ya, se atrevió a apostar por su propio proyecto, igual que antes había hecho por los nuestros. Componer una gran obra filosófica era a aquellas alturas algo insensato. Sin embargo, ¿acaso no lo fue en su momento todo lo grande que la humanidad ha hecho? Día tras día se encaminaba a su pequeño estudio, ese que nadie sabía ubicar con exactitud. Y allí enterraba las horas en la última y más ardua singladura, con generosidad de labrador, negándose la satisfacción de gozar los réditos de todo lo por él conseguido. Llegó a decirme que no le invitara más a comer a casa: le quedaban pocas energías y no quería distraerlas del empeño que tenía entre manos. Por referencias de personas cercanas sé que aquello era excesivo y sólo pudo recorrer una parte del camino. Quién sabe si el examen de sus papeles no deparará aún una gran sorpresa. Por lo que a mí respecta, su muda obstinación enseña más que cualquier libro que pudiera haber escrito. Enamorado de la verdad, escogió una altiva dama y la cortejó sin desmayo, hasta el final, sin esperar otro favor que el de perseverar en su servicio.

El otro día, mientras desfilaba en su féretro por la Iglesia de San José, su cabeza pasó cerca de la mía. Me despedí de él diciéndole: «Adiós, amigo. Ahora ya debes estar amasando a puñados las estrellas que me enseñaste a mirar hace muchos años, dentro de un coche parado con la puerta abierta y el motor en marcha...»

Juan Arana